

INTRODUCCIÓN

Cuando la gente acude a la editorial con alguna idea para un libro solemos comentar, a veces con agradecimiento y otras con cierta sorna, que no nos faltan ideas, sino manos para llevarlas a cabo. Cada cierto tiempo, alguien acude a Tlalaparta con planteamientos que ya han recorrido nuestras reuniones de redacción una y otra vez sin que hayamos conseguido nunca aposentarlos junto a algún nombre que quiera tirar para adelante con alguno de esos proyectos que son tan necesarios para dotar a nuestro país de memoria, de conocimiento, de dignidad, de humor, de libertad o, por qué no, como recuerda Floren en su artículo, de un poco de mala leche.

Precisamente, uno de esos incansables autores suele comentar con humor que la nuestra es una editorial «en contra». No le falta razón: como José Saramago, creemos que la palabra no es una de las más importantes y necesarias para la ciudadanía, aunque solemos tener la sensación –¿la esperanza?– de que nuestros libros son, en realidad, «a favor». Se trata tal vez de un deseo, de un subterfugio del inconsciente, que nos hace creer que, por el mero hecho de trazar planes, ideas y libros, estamos ya a favor de algo y, sobre todo, a favor de alguien.

Pero es cierto que, entre las biografías de las *Malditas* de Itziar Ziga; el recuerdo de Thomas Sankara, el *Che Guevara africano*; la memoria solidaria de Begoña García Arandigoyen, *Alba*; la autobiografía del eterno comandante Fidel; las andanzas internacionalista del arrasatearra Pakito Arriaran; la utopía libertaria de Lucio Urtubia; la *autobiongrafía* de Jokin Gorostidi e Itziar Aizpurua y otras tantas vidas de compañeras y compañeros, soñadoras y luchadores de este país y de otros, hacía tiempo que teníamos ganas de hacer alguna biografía «en contra». Por desgracia, no faltan en el mundo candidatas y candidatos a ser biografiados desde la confrontación o desde la denuncia, pero como la vocación de Txalaparta siempre ha sido la de estar pegada a su tierra, decidimos empezar por los que tenemos cerca, pese a que ideológicamente nos separe un abismo. La verdad, no nos fue difícil hacer una breve lista, que a buen seguro habrá sido hecha ya un millón de veces en cuadrillas, poteos y sociedades.

¿La idea? Agrupar a varios «candidatos». ¿La dificultad? Perfilar la «alineación». ¿El impulso? Por una parte, y como suele ocurrir en estos casos, la mala sangre acumulada. Por otra, el título –mérito de Jose Mari–, que hizo que la idea tomara un cierto cariz de irreversibilidad. ¿El pistoletazo de salida? Como todo en este país, una comida. ¿A favor? La naturalidad con la que los tres autores aceptaron el proyecto. ¿El reto? Hacer un libro riguroso y profundo que fuera, al mismo tiempo, ameno y, por qué no, divertido y que contara con su ración de mala uva. ¿El objetivo? Mucho más ambicioso que un mero «ajuste de cuentas».

Pretendíamos hacer algo más que una merecida «venganza literaria». Se trataba de retratar a estos personajes tal y como son, de ponerles frente al espejo de la realidad, en lugar del espejo convexo en el que se miran siempre

los narcisistas para admirar, siempre más alargada, su supuesta grandeza. Pero, más allá de eso, repasando la vida, las raíces y, sobre todo, la actividad política de Víctor Manuel Arbeloa, Jaime Ignacio del Burgo y Jesús Aizpún, queríamos tratar de entender la verdadera naturaleza y articulación de lo que se ha venido a llamar el «régimen del 78» convencidos de que, sobre ella, pivotan aún hoy en día los resortes del poder político y económico en Navarra. En un momento en el que el cambio político en esta tierra, lejos de estar afianzado, está todavía peleándose con nuevas armas y en nuevos escenarios, creemos que es parte de nuestra labor ofrecer a la ciudadanía herramientas intelectuales para comprender quiénes le han negado la posibilidad de decidir su estatus; por qué han bloqueado la opción de que Nafarroa entronque nuevamente con su unidad política natural, que no es otra que Euskal Herria y cómo, en el camino, han mamado todo lo que han podido de la teta de un régimen clientelar corrupto que el Estado ha permitido en virtud de su todopoderosa Razón.

Por eso quisimos, de acuerdo con los autores, poner especial atención al papel de nuestros tres trileros en la Transición; el momento en el que se posó el violento polvo del franquismo del que tantos lodos hemos heredado. El escenario en el que se pudo dar una ruptura con un régimen injusto y brutal que hunde sus raíces en un golpe de Estado previo a una matanza; la coyuntura en la que los tres personajes del libro, como veremos, conspiraron, maniobraron, se desdijeron, cabildearon, y articularon todo lo que consideraron necesario para que no se deshiciera el nudo político, territorial o económico que ataba a la sociedad navarra, porque, como nos recuerda Floren, «el nudo de Franco –atado y bien atado– era en realidad una constelación de nudos». Este libro trata de

ayudarnos a soltarlos todos, haciendo especial hincapié en la partición territorial, que, junto al odio a lo vasco, será el nudo principal de esa cuerda del franquismo que llega hasta nuestros días. Un mozal y una mordaza que han servido de parapeto a las élites navarras y que ha permitido que sigan haciendo y deshaciendo a su antojo, impidiendo a la ciudadanía desarrollarse y progresar en el sentido que desee.

Este libro contiene tres visiones, distintas, pero complementarias. Las tres están llenas de datos, de reflexiones, de matices y de significativas anécdotas que descubren, como si de levantar el cubilete del trile se tratara, el papel de Arbeloa, Del Burgo y Aizpún en el gatopardismo foral. Y es que, a la hora de hacer la alineación, tuvimos la intuición de que cada autor sería capaz de sacarle todo lo mejor a su respectivo personaje. Hemos comprobado con satisfacción que acertamos, y nos hemos sorprendido de no habernos dado cuenta de que cada uno, como no podía ser de otra manera, se ha enfrentado a su trilerito combinando las armas dialécticas que mejor maneja, sean estas las de la historia, la política o el derecho. Las tres lecturas que proponemos en este libro van más allá de las meras reseñas biográficas. Más allá de las simples biografías políticas, incluso. Juntas completan una lectura de la Transición y del papel que jugaron las élites navarras en la articulación del «nuevo» régimen que se habría pasado sobre los despojos de la dictadura. Un papel que supieron jugar a la perfección Arbeloa, Del Burgo y Aizpún, representantes en nuestra tierra de la socialdemocracia española, la derecha fascistizada y el remozado regionalismo de derechas, respectivamente. Porque hay que reconocer que han tenido un cierto éxito en su tarea. Los grandes apoyos recibidos por parte del Estado y de los poderes mediáticos y económicos no deben restarles ningún mérito.

to a los tres, maestros trileros capaces de montar un discurso nuevo, aparentando al mismo tiempo mantener las viejas esencias de las libertades navarras.

No están elegidos porque hayan sido los titiriteros que han movido los hilos y las entretelas de los títeres. A veces ha sido así y a veces, como veremos en repetidas ocasiones, ellos mismos han sido más marioneta que titiritero. Sus aventuras políticas –la mayoría fracasadas–, que se mezclan con sus carreras profesionales y personales –en estas tuvieron todos más éxito–, engrosan este libro porque en cada uno de ellos se encarna el espíritu de una época. Los tres tienen, por así decirlo, un aire de familia.

Son los genuinos representantes de un navarrismo supuestamente renovado, que en realidad bebe tanto de Garcilaso, Víctor Pradera o Eladio Esparza, como de sus propios padres, pero con una beligerancia en cuanto a la unidad vasca que les lleva a romper con su tradición política e incluso familiar. Serán fieles herederos del régimen franquista, antidemocrático hasta el tuétano, pero abandonarán la senda vasquista de sus progenitores. En buscar las raíces y explicar su origen ahondan, precisamente, los textos de esta obra.

Dicen los autores del libro *Historia del Navarrismo (1841-1936) Sus relaciones con el vasquismo*, que ese navarrismo «es hoy día la ideología identitaria dominante en Navarra», basado en la defensa de esta comunidad como proyecto político diferenciado de otras limítrofes, «firmemente engarzado a España» y «fundamentado en su foralidad histórica». Su rasgo más característico es su rechazo a la unión vasco-navarra, un énfasis sobre la pluralidad socio-cultural de la provincia y una raigambre netamente derechista. Juan Cruz Alli afirma que el navarrismo «se fundamenta en un concepto de identidad asentada en un retórica victimista, que si antes estuvo referida a los ata-

ques matritenses, ahora se apoya en el miedo a lo vasco, que llega a negarlo, como parte de la identidad navarra». «El navarrismo foral católico –afirma Alli– es la versión local del nacionalcatolicismo español... el navarrismo de Garcilaso, Pradera, Esparza, los franquistas y, en período democrático, Uranga (Ollarra), Aizpún y Del Burgo, ha estado relacionado siempre con la derecha y los sectores conservadores de la sociedad navarra al servicio del nacionalismo y nacionalcatolicismo españoles». «El navarrismo no es sino la versión Navarra del nacionalismo español en el siglo xx», resume Miguel José Izu (*Navarra como problema*, 2001).

Sirva esta introducción para invitar a la lectura de un libro sobre el pasado más próximo que tiene la vista puesta en el inmediato futuro. Es innegable que la sociedad navarra tiene ante sí la posibilidad de cambiar sustancialmente esta partida de mus, en la que las cartas están marcadas por quienes, sin pensar nunca en ella, se han llenado la boca con la palabra «Navarra», mientras hacían lo propio con los bolsillos. Para cualquier cambio que merezca tal nombre, no cabe otra alternativa que la de afrontar de una vez por todas un debate sobre el estatus de nuestra sociedad y la organización del territorio y la población que lo habita. El debate que nuestros tres trileiros, y otros como ellos, nos han sustraído. Sin duda, para hablar sobre el futuro no tenemos más remedio que liberarnos de la pesada losa del pasado que representan, entre otros muchos, Arbeloa, Del Burgo y Aizpún.

El «Navarra siempre p'álante», proveniente de una mítica jota pamplonesa («Cante Navarra sin miedo / cante Navarra y más cante / si se hunde el mundo que se hunda / Navarra siempre p'álante»), ha sido su bandera de enganche. Hasta tal extremo la expresión ha sido del gusto del navarrismo oficial que, cuando en los años

noventa, la derecha de UPN descubrió el negocio de las empresas constructoras como concesionarias de obras públicas, pusieron el nombre de NASIPA (NAvarra SIempre P'Alante) a una de sus sociedades estrella. A modo de chanza popular, se decía que el nombre bien podía haber respondido al lema «Nuestros Asuntos SIempre P'Alante». Bastantes años después, ahí siguen, ellos y sus seguidores, erre que erre con su NASIPA y con su Navarra siempre p'alante. En este libro vamos a ver hacia dónde nos querían llevar ellos para decidir a dónde queremos ir, sin más peso que nuestra libertad y sin otro horizonte que nuestro deseo, esta vez sí, el de todas las navarras y el de todos los navarros.

JON JIMENEZ Y MIKEL SOTO